

las ruinas que recuerdan días que ya pasaron, sentirán una obscura corriente vital al través de sus duros cuerpos de mármol y granito.

II

Biografía.

Don Ramón de Campoamor y Campoosorio no tiene leyenda, ni romancesca historia: ha sido, como Goethe, todo lo feliz que cabe ser en el planeta que habitamos, y los hombres, igual que los pueblos, cuando son felices, lo son en forma negativa: por falta de dramáticos sucesos que contar.

¿Qué se entiende por felicidad, en efecto? *No* haber sido nunca pobre; *no* haber estado gravemente enfermo, de males crónicos, dolorosos ó repugnantes; *no* haber padecido crueles pérdidas de familia ó decepciones amorosas; *no* haber muerto en los primeros años de la juventud, etc. Y sin embargo, el fundamento de la dicha no depende de ninguna circunstancia extrínseca, sino del *carácter* ó *indole* de la persona, resultado, en Campoamor, de una combinación de salud física y vigor mental, que da por fruto la alegría, la serenidad, la magnanimidad desengañada y la bondad gozosa é indulgente, la *eutrapelia* de que hablan los místicos. Gracias á esta complexión moral, ha

vivido y vive feliz el poeta, más que gracias á las negaciones antedichas—*no* estar enfermo, *no* haber sido pobre...—y, respecto á Campoamor, no falta quien agregue: *no* haber sido jesuita, después de andar á dos dedos de serlo.

Aunque no rabio de pesimista, he de consignar una observación cruel. El género humano no simpatiza con las personas que cree felices, y menos cuando, al par que felices, son grandes. No quiere redentores sino crucificados, con previa subida al Calvario y la cruz á cuestas. Diríase que la humanidad ha repartido los dones de la vida: á los necios, el paraíso del bienestar: á los genios, los limbos del dolor. Erígese en axioma la sentencia de cierto poeta que acabó pegándose el indispensable tiro:

«No hay pensamiento grande que no sea
hijo de un gran dolor. Dolor sublime
á los Homeros y Cervantes crea.»

Es tan verdad lo que digo, que rara vez he manifestado á nadie mi simpatía hacia el autor de *Fausto*,—por haber sabido idear, entre tanta obra maestra, la suprema obra de una vida larga, venturosa y fecunda—sin que al punto estallase en mis interlocutores la protesta colérica de la reprobación y la inquina contra hombre tan tuno y tan malo... que acertó á ser algo feliz. Mientras yo entiendo que vivir dichoso es un título al agradecimiento general, por lo que tiene de *ejemplar*, de *edificante*, otros llegan al extremo de decir que aborrecen á Goethe y justificar su aborrecimiento acu-

sándole de no haber pagado tributo á los dolores y á las tristezas humanas, censurable conducta que nos defraudó de nuestro derecho á que todo genio apure el cáliz hasta las heces y maldiga del día en que nació.

No dudemos que la fuente de este odio á los grandes felices es la *envidia*. Vulgar explicación, pero exacta é irremplazable. Como por punto general los hombres lo pasan pícaramente, debido, ya á las circunstancias, ya á la propia ineptia para la dicha, sírveles de consuelo y hasta halaga secretamente su orgullo eso de creer que la fatalidad persigue á toda humana grandeza. Compadecer á un grande es fruición delicada: persuadirse de que para subir muy alto hay que fastidiarse muchísimo y que el sello de la gloria es el dolor, satisface nuestro instinto de nivelación, que nos impulsa á encabritarnos ante cualquier superioridad. No por otra causa hace prosélitos la teoría pseudo-moderna de la relación entre el genio y la locura. Todos los que andan contando las losas de la calle, todos los que deben á la patrona, todos los que necesitan jarabe ferruginoso, pueden atribuirse ciertas afinidades con el genio; y los que sin ser unas águilas se precian de sanos, de ricos, de cuerdos y sesudos, cuando oyen poner en las nubes el talento y las facultades creadoras de alguien, alivian el inconfesado despecho con la persuasión de que el genio va unido indisolublemente á la pobreza, á la chifladura, á la enfermedad y á la tribulación.

Y sin embargo, ¿dónde hay espectáculo más bello que una vida feliz? Por la felicidad combate el hombre; la felicidad recompensa y justifica el esfuerzo y el trabajo. Si el único lauro de la batalla ha de ser dolor, dolor fatal, eterno, inconsolable, iríamos derechos al pesimismo y á la inacción, y no debiéramos increpar á los suicidas, sino repetir con el Eclesiastés y con Schopenhauer que es mejor para el hombre la hora de la muerte que la del nacimiento.

No por eso se apresuren los epicúreos de la consabida piara á identificar su causa con la de Don Ramón de Campoamor. Si esos cerros á la izquierda del sibaritismo creen que la felicidad campoamoriana ofrece el menor punto de contacto con la que ellos profesan y gozan, es que tendrán de la felicidad un concepto parecido al que tenía del trabajo aquella vivaracha mozuela, hija del capataz de la hacienda de Campoamor, que exclamaba á guisa de comentario de cierta frase de un periodista: "¡Anda! ¡Dicen que el señor trabaja mucho... y no se pué agachar!",

El poeta Campoamor ha cumplido los tres cuartos de siglo, ó sea la edad de setenta y cinco años, hermosa cuando va unida á tal frescura de rostro y vitalidad de alma. Nació en 1817, aquel año presidido por venturosa estrella, en Navia, pueblecillo de Asturias, bajo cuyos sombríos castaños ideó la primer *dolora*. Su línea paterna era llana, de labradores; la materna, hidalga, y muy preciada de su hidalguía. Buen cruzamiento, que rara vez deja de redun-

dar en beneficio de la prole, á la cual transmite por un lado el vigor físico y por otro la afinación, y la distinción innata en las razas viejas. El matrimonio apenas tuvo tiempo de perder las primeras ilusiones: el padre murió muy joven. Si he de decir lo que supongo, Campoamor heredó de su padre la imaginación, y de su madre la actividad y viveza del carácter. Aquella señora de la *anchurosa frente* mandaba en su pueblecillo; de sus pulidas manos recibía la vara el alcalde de Navia. Cuando el hijo empezó á darse á conocer en el mundo de las letras, pedíale siempre la madre los libros que publicaba; pero al morir ella se encontraron intactos, con las hojas sin cortar. Su genio movable é inquieto no la permitía fijarse en la lectura. Cierta día la preguntó el poeta por qué creía en Dios.—*Porque sí*—contestó resueltamente la señora. Esta razón de mujer llegó á parecer decisiva, más adelante, á Campoamor.

Hasta los nueve años vivió Campoamor, ya huérfano de padre, en el magnífico *pazo* de Piñera, casa solariega de su tía la señora de Campoosorio. Como se le ocurriese á un biógrafo anónimo estampar que á Campoamor le habían enseñado, de niño, un oficio mecánico, el poeta, al saberlo, exclamó con desdén: "Ese imbecil cree sin duda que he sido educado como los príncipes alemanes, á quienes se les enseña siempre un oficio mecánico; ignora que me he criado en el palacio de Piñera, que solamente me sirvió para adquirir mis aficiones á pasarlo

bien y mis hábitos de pereza., ¡Rasgo de injusticia con la señorial mansión! Allí debió de adquirir también el niño la rica y pura sangre que vivificó su organismo y el acopio de fuerzas vitales que le han permitido alcanzar tan lozana vejez.

Comenzó sus estudios en Puerto de Vega, tumba de Jovellanos, y cargó la mano en las humanidades: la primera disciplina intelectual de poeta tan desenfadado y moderno, fué la severa regla clásica: los preceptos de Horacio labraron poca huella en sus doctrinas literarias, pero el espíritu del cantor de Venusia le impregnó de esa melancolía de buen humor, de ese pre-romanticismo pagano que lloraba, con las suaves lágrimas del deleite, la brevedad de la vida. Sí; le impregnó mal de su grado, y á pesar del tedio que el nombre del gran epicúreo infundía al alumno de lengua latina, por la repugnancia que le inspiraba el insufrible dómine, aquel D. Benito, tan semejante al Pupilo Orbilio, preceptor de griego de Horacio: pedante á quien Campoamor cree ver siempre "armado de sus disciplinas y flagelando al género humano en nombre de la subordinación militar, del epicureísmo social, de la esclavitud civil, y de todas esas altaneras instituciones que tienen su base en el derecho de la fuerza, ó lo que es lo mismo, en el derecho romano.,"

La adolescencia de Campoamor transcurrió en la aldea. Con razón dice otro de sus biógrafos¹ que esta fase fué decisiva en la vida

¹ El ilustradísimo, excelente y ameno escritor D. Antonio Sánchez Pérez.

de Campoamor; que esos primeros veinte años formaron al hombre y crearon al poeta, y que al venir á Madrid, la vida cortesana ya no podía ejercer su influjo deletéreo ni comunicar sus anemias y sus fiebres á la generosa naturaleza, endurecida al rudo beso del aire cántabro. Es muy cierto: los que, mientras el cuerpo se forma y constituye preparándose á ejercer su profunda influencia sobre las facultades mentales, hemos sido aldeanos, y retado los rigores de la intemperie, y cogido mariscos en la costa, gozamos de inmunidad, como Aquiles después de sumergirle su previsor madre en la laguna Estigia.

Diez y ocho años tenía Campoamor cuando le vino en mientes (no me resuelvo á estampar el sonoro nombre de vocación) ingresar en la Compañía de Jesús. Y no me resuelvo á hablar de vocación, quizá porque influye en mí el concepto del Campoamor actual; pero debió de existir otro Campoamor muy distinto, el de la tierna juventud, agitada, á la vez que por los estremecimientos de la pubertad, por misteriosa crisis, de la cual nos habla despacio en *El personalismo*. Por cierto que ese pasaje de un libro apenas leído, expresa divinamente la manera ática, olímpica, risueña, que el Campoamor ya formado tiene de entender la religión. Cuando muchacho, la religión ofrecía para él caracteres de espantosa *pesadilla*. Las multiplicadas prácticas doméstico-religiosas sólo le producían hastío; el rosario lo recitaba maquinalmente, sin estro interno y sin ritmo exterior; el templo donde le con-

ducían á todas horas, le causa, al recordarlo, la misma impresión que ver un cementerio: sensación de frío. La suciedad, el olor de la multitud arrodillada y hacinada, los paños negros del túmulo sembrado de calaveras para representar horriblemente la brevedad de la vida humana, todo le traía la idea de una muerte fea y hedionda, una especie de *garrote vil*, repugnante al alma enamorada de la luz, la inmortalidad y la eterna y fulgentísima armonía de la creación. También declara lo mucho que le contristaba y afligía la perenne representación terrorífica del suplicio del Redentor, y el no haber visto una sola imagen de Jesús donde "no esté crucificado y archicrucificado". "La primera vez — añade — que vi un Cristo sin los repugnantes adornos del martirio, no lo conocía: tan acostumbrado estaba á verlo siempre hecho una lástima." A poco más exhala Campoamor la terrible diatriba del cantor satanista:

«Martir cruciato, tu cruei gli uomini;
tu di tristizia l' aer contamini...»

No llega á tal extremo: no es realmente pagano: "antes mártir que apóstata," exclama al declararse *católico invariable*. Sólo que su naturaleza tiene horror á lo fúnebre y lo austero: por lo mismo que no puede ser ni pedante ni puritano, tampoco puede ser asceta, ni anacoreta, ni penitente Campoamor; y con las palabras de miedo con que se recuerda una enfermedad grave, evoca él la crisis reli-

giosa de su juventud. "Todo el curso de mis primeros años ha sido un sueño tenebroso, del cual creo que todavía no he acabado de despertar ¹. Entonces sentía vértigos, veía apariciones, llevaba en andas mi pensamiento para que no se extraviase, para que no pensase demasiado; creía en las brujas; no leía más que milagros de santos: ¡estaba loco!," Pocos renglones más adelante declara que la religión ha causado las que acaso son *únicas desventuras* de su vida. Es evidente que la viva fantasía del muchacho y su inteligencia predispuesta á filosofar y á calar más allá de la superficie de las cosas, padecieron muy hondamente la calentura de la pubertad, que se relaciona con la tentativa de vestir la jesuítica sotana.

Este conato frustrado es una de las páginas más curiosas de la biografía de Campoamor. Llamado á *vistas* á la residencia de Torrejón de Ardoz, el postulante se presentó fiado en sus estudios de latinidad y griego, siendo grande su asombro cuando, en vez de preguntarle sobre construcción y régimen de las lenguas sabias, le reconocieron para asegurarse de su robustez, de su perspicacia de vista y agudeza de oído, de su fuerza y agilidad, de su arte de lector y sus condiciones de orador que acciona, declama y persuade... "Los jesuítas buscaban ante todo al hombre... Después, si les convenía, harían el sabio... ó el soldado, el

¹ Recuérdese que esto lo escribía Campoamor hacia 1854 ó 1855.

predicador ó el comediante.. ¿Fué la desagradable impresión de ver desdeñados sus caros estudios clásicos, ó fué la matanza de los frailes, ocurrida de allí á poco, lo que apartó á Campoamor de las filas de la milicia ignaciana? ¿Debemos creer que, como él dice, su amor á la poesía latina y sus aficiones literarias han podido ser causa de que no gane nunca el cielo?

Renunciando ya á la Iglesia, el mozo asturiano optó por seguir la carrera de medicina. Tal estudio lisonjeaba sus curiosidades científicas y hasta sus dudas y anhelos de pensador precoz. Vínose á Madrid, donde su madre le sostuvo con decoro, aunque con modestia, y vivió dulce y obscuramente en la corte, habiendo tenido la suerte de encontrar, por casualidad y sin pretenderlo, un hogar cariñoso en la casa del doctor Don José Serra y Ortega, tío del niño que fué después insigne escritor dramático y amigo inseparable de Campoamor, —Narciso Serra.

Al pronto se apasionó por ese estudio tan humano, tan revelador, la anatomía y disección del cadáver. Después sintió tedio, la náusea peculiar del alumno en la clínica, náusea que suele conjurarse por medio del cigarro. El tabaco repugna á Campoamor: su aroma le incomoda lo mismo que incomodaría á una damisela. Estaba, pues, predestinado á no ejercer el arte de Galeno; á no ingresar siquiera en la Facultad.

En los exámenes del segundo año de la ca-

rrera, preguntáronle "la teoría del estornudo," que él explicó de un modo original é ingenioso. Al salir del aula, el célebre facultativo Marqués de San Gregorio le llamó aparte y le dijo poco más ó menos: "La medicina es preciosa como estudio, pero fatal como carrera. Deje V. la medicina y dedíquese á las letras. Para médico le sobran á V. muchas arrobos de agudeza: en la literatura está su porvenir."

El muchacho ya rimaba; desde los quince años escondía en la cartera versos; y mientras escudriñaba el *sistema ganglionar*, escribía *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*. Desechada la medicina, intentó Campoamor estudiar derecho; pero invencible fastidio le apartó de las Pandectas, como le había apartado de la clínica. Por fin dió vado á su vocación natural, las letras, y se abrió camino uniéndolas al ejercicio de todos los españoles útiles y de muchos inútiles: la política. El mismo nos lo refiere (¿quién mejor?) en *El personalismo*.

Campoamor era liberal cuando todavía la plebe era servil. Al liberalizarse la plebe, por *delicadeza de estómago* ingresa en la que él llama *oligarquia de la inteligencia*, ó sea el partido del justo medio, el partido moderado. El primer acto de su afiliación son unos medianos versos inspirados por la expulsión de la reina Cristina, la cual sacó, dice Campoamor, al partido conservador de la nada, é improvisó muchos *magnates*, sin lograr hacer otros tantos *caballeros*. Poniendo después la prosa al servicio de sus nuevas convicciones, escribe,

en la *Historia de las Cortes reformadoras* algunas semblanzas de políticos, biografías de actualidad, que no son—lo reconoce—más que reflejo de sus simpatías ó de sus malquerencias. De tales malignas semblanzas se arrepiente, y por ellas dice el *Yo pecador* con ingenuidad graciosa.

A los treinta años de edad, Campoamor es nombrado por el conde de San Luis jefe político de la provincia de Castellón. Lo primero á que aspira en su insula, es á hacer caso omiso de la *tramitología*, ó sea á administrar sin *trámites*. Por si y ante sí—á menos que la ley se oponga formalmente,—dispone Campoamor cuanto juzga bueno y útil, y con aquella energía de acción que demostró en algunos momentos de su vida, le vemos consagrado, en cuerpo y alma, á decretar la instrucción obligatoria y á forzar á los pueblos á que conviertan en caminos las sendas de perdices. "¡Cuánto me rio ahora de mi indiscreto celo de entonces!," Estas gallardas alcaldadas de Campoamor le originaron no pocas desazones: se le acusó de *ilegalidad*, y por haber gobernado resueltamente, á lo Sancho, padeció un año fecundo en desafíos y rencillas. Bueno es que á poco se le ocurrió al marqués de Molins nombrarle gobernador de Alicante. El poeta no puede estampar sin emoción el nombre de esta provincia. "Allí me casé con mi querida esposa Doña Guillermina O'Gorman, una gracia que vale por las tres: la reunión de *Aglaya*, *Talta* y *Eufrosina*: el pudor, la hermosura y la alegría juntas; ó, como

dice más elegantemente Séneca: La que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve.»

No necesito la perspicacia que despliega Campoamor cuando escruta las sinuosidades y reconditeces del alma femenina, para adivinar que á los labios de toda lectora suben multitud de preguntas indiscretas. Desde que vino de su aldea y cayó en el golfo de Madrid, á los veinte años, con su cuerpo robusto y su alma ardorosa, y su vivaz fantasía, hasta los treinta en que empezó á actuar de *jefe político* para inclinar bien pronto el cuello á la santa coyunda, ¿no *vivió* el poeta del amor y de la psicología erótico-sentimental? ¿No hubo en su existencia siquiera dos ó tres pasiones de mayor cuantía, con mucha mar de fondo, y un oleaje de aficioncillas menudas, tan pronto formadas como deshechas? ¿No trajo la tormenta consigo alguna vez el incendio y el naufragio? ¿No aparece drama? Pienso oír á la lectora murmurar bajito: «¡Ah, me falta la golosina del drama íntimo en la biografía de Campoamor! No digo que llegásemos al pistoletazo de Larra, pero sí á alguna evasión secreta, algún padre vengador, algún esposo oculto, que acecha en la sombra, requiriendo el puñal, puñal de que el poeta se libra por milagro; ó siquiera alguna pálida enamorada, muerta en los umbrales del paraíso, y en cuyo sepulcro deshojase Campoamor sus primeras ramas de laurel... ¡Algo que me acelere los latidos del corazón; algo que me obligue á respirar el pomito de sales inglesas, de cristal y oro!»,

Lo siento por ti, lectora... y por mí también, que no desdeño las historias dramáticas; confieso que á mis oídos ha llegado alguna, y digna de la pluma de Victor Hugo; mas no se ha de creer cuanto se oye, y si Campoamor ha sufrido tales historias, se las calla como se callan los pecados. Su mismo silencio le compromete, y autoriza — fuerza es decirlo — las más atrevidas é inconsideradas suposiciones. Supón, pues, todo lo que se te antoje, y véngate así de una discreción funesta á la leyenda campoamoriana, que no lleva trazas de cuajar. No hay más remedio sino escribir de Campoamor lo que escribiríamos de un burgués cualquiera: «Le emplearon, y contrajo matrimonio con una señorita linda, acaudalada y de buenos padres.»

Sin embargo, como la novela y el drama laten en el fondo de toda realidad, hasta de la más prosaica en apariencia, en la boda de Campoamor hubo una circunstancia que recogería como oro en paño el gran psicólogo Bourget. Antes de ser doña Guillermina O'Gorman la esposa del poeta, era amada de cierto joven, cuyas esperanzas desbarató la boda. El desairado pretendiente enfermó, fuese por despecho amoroso ó por natural achaque, y vino á morir, y la señora de Campoamor concibió una especie de remordimiento compasivo. Enamorada de su esposo, acusábase de la ventura legítima como si fuese criminal. Al día siguiente de sus nupcias, preguntóla Campoamor: «Si ahora se presentase tu antiguo adorador, ¿á